

LUCAS GRIMSON

# DISPUTAR EL PRESENTE

UNA GENERACIÓN  
EN BUSCA  
DE NUEVOS  
SENTIDOS

IDENTIDADES  
ARDIENDO

EXISTENCIA  
TRANS

PAIDÓS

JUSTICIA Y  
CASTIGO



**LUCAS GRIMSON**

---

**DISPUTAR**  
**EL PRESENTE**

---

UNA GENERACIÓN EN BUSCA  
DE NUEVOS SENTIDOS

 PAIDÓS

# ÍNDICE

<b>Prefacio. Es ahora</b> .....	15
<i>Mercedes D'Alessandro</i>	
<b>Prólogo. Una experiencia de apertura</b> .....	21
<i>Darío Sztajnszrajber</i>	
<b>Introducción. Una generación que vino a cuestionarlo todo</b> .....	29
<b>I. Les estudiantes en la cuarta ola</b> .....	49
El feminismo como bandera.....	60
Organizarse desde los colegios .....	66
Repensarse con anteojos violetas .....	68
Les estudiantes ante las urgencias y el abandono .....	72

El cuidado y la resistencia: de lo público a lo íntimo .....	76
La explosión de las denuncias .....	81
Dar vuelta las reglas .....	89
Cada vez más visible .....	97
Pensar las herramientas: entre el acompañamiento y la desorientación .....	102
<b>II. El deseo y la representación</b>	
<b>en la militancia</b> .....	111
Organizarse en un mundo quebrado.....	124
Un proyecto para la juventud.....	134
Hacerse lugar con más movimiento .....	142
Pandemia: compromiso solidario y nuevos desafíos .....	147
<b>III. ¿Ya no se puede decir nada?</b> .....	163
¿Libertad para quién? .....	173
Vivir en sociedad .....	185
Estado y memoria, presente y futuro .....	189
Sensibilidad generacional .....	200
<b>IV. El quiebre en las masculinidades</b> .....	207
El proceso de cuestionamiento .....	218
El problema del registro: hay violencia entre nosotros .....	223
La dinámica de lo grupal .....	230

La estrategia de “ajenización” .....	236
¿Estancamiento? .....	241
Hacia una mirada diversa y situada .....	252
<b>V. ¿Somos la generación de cristal? .....</b>	<b>267</b>
No da lo mismo: hegemonía e incorrección ....	274
La pandemia y el odio .....	282
Sensibilidad interseccional .....	294
<b>Epílogo. Una disputa generacional .....</b>	<b>301</b>
<b>Agradecimientos .....</b>	<b>313</b>

## PREFACIO ES AHORA

En enero de 2017 yo vivía en Nueva York. Donald Trump había ganado las elecciones en los Estados Unidos y se había convocado una Marcha de Mujeres (Women's March) en Washington. Viajé de una ciudad a la otra de madrugada, en un colectivo lleno de sombreritos de lana rosados, los *pussy hats*. Esa movilización se convirtió en la marcha más grande de los Estados Unidos desde aquellas por la Guerra de Vietnam. Se replicó en más de seiscientos setenta ciudades y movilizó a unos tres millones de personas. Fue el primer día del gobierno de Trump. En ese entonces, con algunas colegas ya habíamos construido *Economía feminista*, un medio –que luego convertimos en ONG– en el que compartimos nuestros

primeros pasos buscando transformar el debate público de la economía para que nos incluya. Para la Women's March armamos una cobertura improvisada con argentines que, por un motivo u otro, estaban en Estados Unidos. Una de las que escribió, desde una travesía por Arizona, fue Lucila, la mamá de Lucas.

Los recuerdos que una tiene de cada persona son caprichosos, pero estas imágenes son las que me vienen a la mente cuando leo, veo o hablo con Lucas Grimson. Todo tiene que ver con todo. De un modo u otro, fuimos testigos y testigas de un episodio clave para la economía y la política mundiales. En ese momento no solo se enlazaron nuestras historias sino que también comenzó una gran amistad política. Lucas era más joven que ahora pero ya participaba de la política estudiantil. En marzo de ese año nos compartió una nota que se publicó en la página de *Economía feminista*, en nuestro "Especial del #8M", en la que se plasmaban algunas de las luchas que cuenta con más detalle en este libro.

¿Y yo qué hacía en "mi época"? De la Rúa, Cavallo, el Fondo Monetario Internacional. "Mi generación", que ni siquiera es *millennial*, se fogueó en las políticas neoliberales. Yo, estudiante del interior, me fui a vivir con una amiga a un departamento minúsculo, ambas sin trabajo. Hacía changas, daba clases particulares a otros estudiantes de las provincias para sus exámenes de matemática de la UBA o la UADE, caminaba a la

facu para no gastar en colectivo, leía fotocopias avejentadas, comía fideos y polenta. Y también militaba. Cuando lo pienso en retrospectiva, fui la primera presidenta del Centro de Estudiantes de mi colegio (uno de curas jesuitas en Misiones) y, de hecho, fui quien lo creó. Pero lo usábamos para hacer ferias del libro o juntar plata para algún viaje a las minas de Wanda o a la casa de Horacio Quiroga. La “política”, entendida desde y para la entonces Capital Federal, aunque siempre con pretensión universalista, era una cosa rara. A veces todavía sigue siendo lejana para mí.

Cuesta no ser autorreferencial cuando leemos un testimonio en primera persona. Nos vamos trasladando a las diversas situaciones, ideas y debates que se plantean. Porque Lucas no escribe para él solo; escribe para convocarnos a que pensemos con él, con su generación, que también es la nuestra. Y por eso el recuerdo de Trump es parte de algo que nos enmarca en un nosotros. En cierto modo, esos parámetros que menciona al principio del libro dan marco a lo que transcurre en sus páginas: el gobierno del macrismo, la construcción del Ni Una Menos, la pandemia.

Pero no se trata de mí o de vos. Se trata de qué pasa con los pibis. Qué pasa con esta generación de cambio de siglo, que viene con más de la mitad de los niños, niñas y adolescentes bajo la línea de pobreza. La generación a la que tuvimos que darle AUH porque sus familias no llegaban a fin de mes, la que gracias a

un gobierno popular tuvo la primera computadora en la casa. La misma que durante la pandemia se anotó masivamente en el Ingreso Familiar de Emergencia (rompiendo todas las bases de datos del Estado) y tuvo que hacer las tareas de la escuela por WhatsApp. La generación que acumuló las tasas de embarazo adolescente más altas de América Latina. La que va a enfrentar un montón de obstáculos para tener trabajo, la que casi que ni sueña con la casa propia y esas cosas de un pasado remoto, que hoy parecen de ciencia ficción. ¿Es la generación de cristal o es la que tiene los cristales rotos por todos lados?

Leer el libro de Lucas es meterse en una de las cabezas de esa generación, una que no habla de sí o para sí, en soledad, sino que va y viene recorriendo las preguntas políticas del presente y que se anima a asomarse hacia adelante. Es un viaje reflexivo. A veces nos falta ese diálogo de ida y vuelta; por momentos hay tanto ruido que no nos escuchamos. O creemos que sí.

La generación de los Lucas, de las Ofelia Fernández, de les Jóvenes por el Clima, de la revolución de las hijas, de les chiques que pueden vivir su sexualidad e identidad de género con derechos me intriga y me da esperanza acerca de la vida política para adelante. Pero no porque haya que esperar que crezcan, sino porque están transformando nuestro presente. Porque nos ponen *glitter* y nos hacen cantar en la

calle, aun cuando peleamos porque dejen de matarnos pibitas a la salida de un boliche o por un aborto clandestino. Porque se quedan de madrugada bancando, debatiendo, construyendo desde abajo y para todos. Porque nos hacen mirar el humo de los proyectos inmobiliarios que queman nuestra Casa común y nos dicen que es ahora, que no hay plan B, que no hay planeta B.

Decía que con Lucas compartimos la efervescencia de las luchas feministas. Nos cruzamos en marchas, me invitó a charlar de política con sus compañeros y compañeras, nos likeamos tuits, *stories* de Instagram. Él es un hijo pródigo del feminismo del siglo XXI. Yo llegué de grande, como muchas mujeres de “mi generación”. Y por eso es que me provoca curiosidad lo que piensa pero también cómo sigue esta película. Me da esperanza pensar que en unos años tal vez podamos leer otro capítulo, ojalá con más derechos. Porque en este tiempo, aunque a veces nos agarre el pesimismo, logramos muchas cosas. Y hay que valorarlas. Y cuidarlas.

No es una esperanza ingenua. Es una esperanza política. Tenemos años difíciles encima y más difíciles por delante. Muchas y muchos de nuestras y nuestros jóvenes, como expone Lucas, no la pasaron bien en la pandemia. La salud mental, la desconexión educativa, los consumos problemáticos, la ruptura de lazos afectivos, al aislamiento y la oscuridad... La pobreza,

el desempleo, la precarización de las vidas y la falta de oportunidades también dan lugar a figuras políticas poco auspiciosas, alimentan libertarios, conservadoras, conservadores y antiderechos. Genera bronca, frustración e incertidumbre. Entonces, las preguntas que trae Lucas a estas páginas nos tienen que animar a ampliar esos debates, a buscar respuestas y a construir caminos para avanzar juntas. Está en nuestras manos.

La política es el arte de hacer posible lo imposible, de correr los límites. Por eso mismo, ante la crisis, la respuesta es más feminismo, más igualdad, más solidaridad. Tenemos las herramientas y tenemos los corazones. Cuando rompa la ola, la vamos a surfear.

MERCEDES D'ALESSANDRO

## PRÓLOGO

# UNA EXPERIENCIA DE APERTURA

Hay un imaginario instalado que supone que la deconstrucción es una práctica orientada hacia el descompromiso, cierta trivialización, y sobre todo un espíritu de destrucción con altos componentes inmorales. Como si aquel que se arroja a la deconstrucción eligiera el camino de la liviandad, cierta distancia irónica desde la cual mofarse de la robustez de un orden demasiado arraigado en la naturaleza para no ser considerado en toda su seriedad. Se suele justamente acusar a la deconstrucción de ser poco seria: reducir todo a un juego de palabras instalando un ludismo superficial, pero sobre todo de apostar por un ser humano híbrido donde ninguna frontera parece sostenerse rígidamente. El imaginario asocia la

deconstrucción con cierta banalidad que sin embargo no se condice con el ensañamiento que recibe: alguna fibra bastante sensible debe estar tocando para que, después de muchos años, se produjese una reacción conservadora alarmadísima por los avances de una deconstrucción que finalmente está dando batalla en la opinión pública.

De todo esto acusaban a Jacques Derrida cuando la deconstrucción comenzó a circular en el ámbito académico. Imaginemos pues la potenciación de este rechazo en tiempos en los que el pensamiento deconstructivo se fue instalando lentamente en los lugares donde se va desarmando el entramado más sólido de un sentido común que legitima nuestro orden jerárquico y binario: las mesas de los hogares, los besos, los lugares de trabajo, la publicidad, los lenguajes, las instituciones jurídicas, la escuela, lo político. La sensación de caos inminente desató una reacción furibunda en un intento de defender cualquier dispositivo del orden a partir de una grieta falaz pero efectiva: una deconstrucción que todo lo destruye y un conservadorismo que defiende los logros de la civilización.

Pero deconstruir no es destruir. Deconstruir es desmembrar el ensamblaje que oculta el carácter de *constructo* de la mayoría de las verdades instituidas. Deconstruir es destrabar la hegemonía de las versiones dominantes para que puedan ir emergiendo todas aquellas versiones otras que han sido desterradas y

condenadas al lugar de la oscuridad, del silencio, de la supuesta ignorancia, pero también de cierta patología. Deconstruir es descentrar una realidad que se ve entonces invadida por esas otras versiones encerradas que no solo habilitan otras maneras de construir sentido, sino que sobre todo explican las razones por las cuales una única versión se impuso como definitiva. Si el prefijo “sub” remite a lo que queda abajo, entonces, frente a las versiones oficiales, la deconstrucción no puede ser sino una práctica subversiva.

Descompromiso, trivialidad e inmoralidad: el problema con la deconstrucción es que no propone intercambiar órdenes, sino evidenciar que detrás de la defensa de cierto orden hay siempre un interés, una intención, un anudado. Incluso para el conservadurismo sería más fácil pelearse contra su orden antagónico y por eso lo que le despierta la deconstrucción es más una irritación que una polémica. Cambiar un orden posible por otro es la esencia misma de la política tradicional, pero la deconstrucción, como sostiene Derrida, es una experiencia de lo imposible.

Este libro de Lucas Grimson revela un recorrido (im)posible a partir de la apropiación epocal de la deconstrucción por parte de diferentes movimientos políticos y culturales en la Argentina de mediados de la década de 2010. Ha sido el feminismo en nuestro país quien se ha revestido de la categoría epistemológica de la deconstrucción como una categoría política.

Algo que siempre estuvo latente en los desarrollos filosóficos de la noción, ya que el carácter narrativo de las identidades disuelve la frontera taxativa entre el texto y la vida: nuestra identidad no es más que un texto abierto en diálogo permanente con lo otro de sí mismo. Si la deconstrucción es un acontecimiento textual y nuestras identidades son narrativas, entonces, la conclusión es evidente: deconstruirnos es un proceso de desidentificación inacabable. ¿Pero de qué nos desidentificamos? De todas aquellas molduras, encorsetamientos, dispositivos en los cuales siempre estuvimos ya definidos: la identidad no solo es una prisión, sino que además nos enclava metafísicamente en esencias inamovibles.

Todo es deconstruible. Todo es deconstruible porque la identidad, como categoría, se basa en la delimitación rígida de nuestras diferencias. Pero no se trata de ahogarse en un abismo infinito en el que no nos podamos aferrar a nada; al contrario, se trata de no totalizar lo que somos: una vez que emprendamos el camino de destotalización, tal vez podamos empezar a convivir con nuestra singularidad. Una vez que se emancipen las diferencias de sus enclaustramientos, tal vez podamos comenzar a vivir la experiencia de la singularidad más allá de cualquier escape. Ir al encuentro del otro supone obviamente hacerlo desde uno mismo. Sin embargo lo revolucionario del otro es que me arranca de mi mismidad y me permite

resignificar lo que soy desde un lugar más libre. Ser libre no es tanto apropiarse de uno mismo como escaparse de un dispositivo que ensalza y endiosa al individuo como célula última de la realidad.

El libro de Lucas Grimson emprende este recorrido a partir del acontecimiento del estallido del feminismo en Argentina desde el año 2015 y su implicancia decisiva en la resemantización de los vínculos sociales: desde la escuela, pasando por la militancia hasta llegar a la identidad. Los ejes del libro tienen que ver con un primer balance acerca del impacto de la deconstrucción en estos ámbitos (el escolar, el político, el afectivo), siempre con la vocación de plantear tanto los avances como paradojas e interrogantes sobre problemas irresueltos. La mayor virtud de este texto es ser bien fiel al espíritu de la deconstrucción y no aferrarse a ninguna certeza. Incluso sus preguntas finales son las prototípicas de esta filosofía: ¿cómo construir algo si todo es deconstruible? Pero en este caso se agrega la facticidad típica de la Argentina contemporánea: ¿cómo rescatar lo político después de que la política perdió representatividad, la recuperó y la volvió a perder?

Lucas Grimson desea recuperar la esperanza en lo político, pero depurada de todo dogma: una esperanza secularizada. La secularización es al mismo tiempo tanto una crítica a las formas autoritarias de los tradicionalismos esencialistas como un cuestionamiento

de cierto doctrinarismo en el progresismo que poco favor le ha hecho a su vocación emancipatoria. Como buen exponente de la deconstrucción, el libro también necesitó romper todo binarismo. Por eso no niega la política aunque les endilgue a sus matrices clásicos gran parte de la responsabilidad de su decadencia. Del mismo modo, no niega lugares históricos del lenguaje de los movimientos políticos culturales de la Modernidad, pero sin dejar de hacerse cargo del agotamiento de muchas de sus formas, que en algunos casos hasta coinciden con lo mismo que buscan cuestionar. Es que la principal y necesaria deconstrucción es aquella en la que nos vemos arrojados nosotros mismos. No hay un sujeto de la deconstrucción, decía siempre Derrida: estar abierto al otro es también asumir el resquebrajamiento de muchos de nuestros principios supuestamente inmovibles.

La clave de *Disputar el presente. Una generación en busca de nuevos sentidos* es el enhebrado coral entre la teoría y la biografía personal. Es emocionante ir recorriendo con su prosa la descripción de experiencia vividas: el libro no solo es una lectura e interrogante sobre la política en tiempos de deconstrucción sino al mismo tiempo la deconstrucción propia del autor, que nos va desgranando para cada temática su propia conmoción, su perplejidad, sus miedos, así como su arrojo. Es un libro arrojado, absolutamente convencido de que la incertidumbre no solo no es

negativa sino que es militable: deconstruir es antes que nada tener la certeza de que nadie puede ser dueño de ninguna certeza.

“Lo personal es político.” Tal vez esta frase icónica del feminismo refleje el clima de este libro. Por ello no es casual que los capítulos sobre las experiencias del feminismo en la escuela, así como de la deconstrucción de la masculinidad, resulten los más urticantes. No pueden dejar de ser leídos desde una sensación de estar, como sociedad, siempre a medio camino. Tal vez se trate de un diagnóstico patente de una deconstrucción que no tiene normas, ni reglas universales, que no es industrial ni serial, ni mucho menos procedimental y burocrática. Deconstruir no tiene final ni tiene método: es una experiencia de apertura. Para Lucas Grimson este libro es su propia experiencia de apertura. Para nosotros, sus lectores, es la oportunidad de repensarnos a nosotros mismos.

DARÍO SZTAJNSZRAJBER